

Nuestra llamada salvaje

OTROS TÍTULOS DE RICHARD LOUV

Vitamina N

The Nature Principle

Los últimos niños en el bosque Fly-Fishing for Sharks

The Web of Life FatherLove

101 Things You Can Do for Our Children's Future

Childhood's Future

America II

Publicado por

EDITORIAL INTERPRETA NATURA

©2019 por Richard Louv. Todos los derechos reservados.

Título original: Our Wild Calling: how connecting
with animals can transform our lives—and save theirs.

Traducido por Llorenç Crespo

Nuestra llamada salvaje

POR QUÉ CONECTAR CON
LOS ANIMALES PUEDE TRANSFORMAR
NUESTRAS VIDAS
(Y SALVAR LAS SUYAS)

RICHARD LOUV

A Kathy, Matthew, Jason, Mike y todos mis otros parientes

CONTENIDO

Con sus vidas paralelas, los animales ofrecen al hombre una compañía diferente a la ofrecida por cualquier otra interrelación humana. Diferente porque es una compañía que se ofrece a la soledad del hombre como especie.

JOHN BERGER, *Modos de ver*

Miré a mi alrededor una vez más y, de repente, los caballos bailadores sin número se transformaron en animales de todo tipo y en todas las aves que existen y estas se esfumaron a los cuatro aposentos del mundo de donde venían los caballos y se desvanecieron.

ALCE NEGRO, *Alce negro habla*

Introducción. Un misterio

Parte 1. Acciones bellas: Encuentros transformadores con especies no humanas

1. En la familia de los animales

2. El corazón dolorido

La soledad de nuestra especie

Una visión diferente del excepcionalismo humano

3. El poder psicotrópico de una conexión profunda con los animales

El hábitat del corazón

La tierra de las hormigas gigantes, un erizo inesperado y un protozoo que se mueve

Cruzar el abismo

4. El pulpo que detuvo el tiempo

La distorsión del tiempo

Reajustar nuestro sentido de la admiración

Parte 2. Lo que el corazón salvaje aún sabe: El arte y la ciencia de comunicarse con otros animales

5. Convertirse en saltamontes

En la piel de la serpiente (antropomorfismo crítico)

6. La intimidación está por todas partes

Más allá del umbral

¿Alguna vez has visto beber a una tortuga de caja?

7. El idioma más antiguo de la Tierra

Llamar y responder

Tomando algo en la cantina de Tatooine

El canto de lo salvaje

8. Cómo hablar con los pájaros

Lo que dicen los animales

Despertar el séptimo sentido

De vuelta en el jardín

9. Jugar bien con los demás

El labrador de los primates

Cómo los elefantes enseñaron a Sven todo lo que tenía que saber sobre negocios

Parte 3. Cómo nos codesarrollamos: Superperros, hombres tigre, lagartos terapéuticos y mascotas robot

10. Más que humano

El salvaje, el doméstico y el distorsionado

11. La amante de los animales

¿Quién está criando a quién?

El perro que enseñaba conductas morales

Homo homini lupus

12. Reptiles y ambivalencia

Trasfusión de sangre salvaje

Herping, EE. UU.

13. El chico que dijo «caballo»

Naomi y Koba

Autocuidado asistido por animales

Vida salvaje, terapia y el efecto mascota

14. Los sustitutos: ¿realmente necesitamos animales?

Perros digitales y el internet de las vacas

Escapando del valle misterioso

Un universo alternativo

¿Nos devuelven el amor?

Parte 4. La era de la conexión: Erigir un hogar para todas las especies

15. Nuevas formas de vivir juntos

Observaciones desde la resistencia animal

¿No podemos vivir todos juntos?

Un nuevo acuerdo de convivencia

16. Los puntos intermedios

La llegada de los neófilos

Cómo conquistaron EE. UU. los coyotes

Un café macchiato para mí y un solo para el oso, por favor

17. Le doy la bienvenida a la ciudad del Simbioceno

El diseño para una coexistencia pacífica

Perrolandia

Un SMS para los paquidermos y los murciélagos de Bendigo

Los mapaches vecinos

18. Los nuevos Noés

Zealandia

Pensamientos de un mamut

Encontrado el mundo perdido

Parte 5. Almas salvajes: Amor, humildad y el principio de reciprocidad

19. Animales soñadores

Avatares, símbolos y mensajeros

El hombre con el tatuaje de un cuervo

El espíritu del milano brahmán

En fuego y humo

20. El reino de la paz

El derecho a ser

21. Aprender y enseñar en una escuela de animales

Aulas con animales

Diez maneras de amar el mundo

Un método de aprendizaje muy antiguo

22. El oso

Más allá del horizonte

Nuestra llamada

INTRODUCCIÓN

Un misterio

Hace unos años, en un camping aislado de Kodiak Island (Alaska), me adentré en los bosques por un camino que bordeaba un lago sereno y calmo. Pasado un rato, ya me dirigía hacia el habitáculo principal para encontrarme con mi hijo, que estaba trabajando allí aquel verano durante sus vacaciones universitarias. Ya oscurecía. Normalmente, siempre que seguía este camino, iba con cuidado. En esta isla, es habitual ver osos pardos enormes que siguen la línea de costa del lago e incluso que se adentran en el camping. Pero aquella tarde, mis ojos miraban abajo mientras revisaba mi cartera.

Cuando levanté la mirada, me sobresaltaron unos ojos penetrantes. Brillaban como estrellas.

Allí plantado y a un metro de mí, reposaba un zorro negro. Los zorros en la isla Kodiak son de los más grandes del mundo. Este en concreto era del tamaño de un coyote. Su mirada era desconcertante y no se movía ni un pelo. Nos miramos el uno al otro durante lo que parecieron minutos, pero que probablemente solo fueron unos pocos segundos. En esos ojos, sentí como una afinidad remota o quizás eran solo los soles de un universo paralelo. El zorro aguantó completamente en calma. Estoico. ¿Estaba esperando comida? No creo. Las normas del camping no permitían dar de comer a los animales salvajes. ¿O acaso era todo rabia?

Di un paso adelante. El zorro se apartó y siguió mirando. Levanté la mano y dije: «Voy hacia el camping, ¿quieres venir conmigo?».

Aquel año, había advertido que las iguanas marinas y los lobos marinos se tumbaban al sol a escasos centímetros los unos de los otros en los salientes volcánicos de las Islas Galápagos. Cuando pregunté a un naturalista cómo percibía una especie a la otra, me respondió: «Para la iguana, el lobo marino es simplemente parte del paisaje. Eso es todo». Así las cosas, para el zorro, ¿era yo simplemente parte del paisaje?

El escritor, pintor y crítico de arte británico John Berger, en su famoso ensayo de 1977 *Why Look at Animals?* (¿Por qué mirar a los animales?), describe cómo la mirada de una criatura salvaje nos hace perder los nervios al obligarnos a vernos a nosotros mismos a través del abismo de una lente tan poco familiar. El zorro me siguió los pasos hasta el habitáculo. A unos metros de la puerta, giró y desapareció entre las altas hierbas.

Hoy puedo decir que recuerdo pocos detalles significativos de la mayoría de la gente que conocí aquel verano en aquel camping de Alaska. Pero los ojos del zorro siguen mirándome.

A menudo me pregunto sobre la naturaleza y el misterio de aquel encuentro. Como mucha gente, ya había vivido momentos similares, sobre todo cuando era niño, pero nunca me había parado a pensar sobre su naturaleza más intrínseca.

En los siguientes años, pregunté a amigos, compañeros de trabajo y desconocidos de diferentes edades, culturas y profesiones —entre ellos científicos, psicólogos, teólogos, rastreadores, profesores, médicos, curanderos y un explorador polar— que me relataran sus breves encuentros y relaciones largas con otros animales, ya fueran salvajes o domésticos. Todos tenían alguna historia que contar: la mirada de un cernícalo que reposaba en una valla o una paloma en una acera que nunca había podido olvidar; un gato que se acurrucaba en el pecho, tranquilizaba el ánimo y, de alguna manera, liberaba de una depresión; un perro que crió a un niño; una marsopa exploradora; el ojo de una ballena; un oso acosador; un puma que estaba y no estaba (al mismo tiempo). Incluso un protozoo que, temblando bajo la lente, desvelaba otros mundos y lo que yo he decidido llamar el hábitat del corazón. Estos narradores a menudo se sorprendían por el significado que averiguaban en sus propias historias. El mismo acto de contar una historia formaba parte del proceso de conocimiento, cosa que nuestros ancestros reconocerían enseguida.

Existen al menos dos buenas razones por las que seguir explorando nuestras relaciones personales para con otros animales. Una es la salud humana y el bienestar. Desde 2005, el número de estudios que demuestran los beneficios psicológicos, físicos y cognitivos de nuestras inmersiones en la naturaleza ha pasado de unos pocos a casi un millar. La mayoría de ellos se han centrado en el impacto general de la parte verde de la naturaleza en nuestras vidas —por ejemplo, que estar rodeados de árboles puede ayudar a reducir los síntomas del trastorno de déficit de atención en los niños—. Hoy en día, hay equipos de investigación —dentro de disciplinas tradicionales como

biología y ecología, pero también otros que exploran los relativamente nuevos y emocionantes campos de la antrozoología, la ecopsicología y las terapias asistidas por animales— que están estudiando las veleidosas relaciones entre los humanos y otros animales. Estos estudios sacan a la luz lo que los pueblos indígenas siempre han tenido clarísimo. Aunque es verdad que un encuentro con un animal, ya sea salvaje o doméstico, puede en alguna ocasión ser peligroso, nuestras relaciones con seres no humanos pueden llegar a causar un gran impacto positivo en nuestra salud, nuestro espíritu y nuestro sentido de pertenencia al mundo.

La segunda razón tiene más que ver con el actual estado del mundo natural. La divulgadora científica Elizabeth Kolbert, en su libro ganador de un Pulitzer *La sexta extinción*, describe las cinco extinciones masivas a lo largo de los últimos mil millones de años y entrevista a los científicos que predicen la sexta extinción. Hay quien prevé que esta será la más colosal desde la era de los dinosaurios. Entre 1970 y 2014, la población mundial de vida salvaje se ha reducido en un 60 %, según la World Wildlife Fund.

Para una especie tan familiarizada con las funciones embellecedoras del Photoshop, la amenaza parece totalmente irreal. En 2016, un año después de la publicación del libro de Kolbert, la revista de videojuegos ZAM anunció que los «exploradores» de un universo ficticio plasmado en el videojuego *No Man's Sky* habían descubierto diez millones de especies virtuales en las primeras veinticuatro horas tras el lanzamiento del juego. Crear o descubrir nuevas especies puede parecer fácil en el mundo imaginario de un videojuego. No obstante, pasar a la acción en el mundo real requiere de una mayor imaginación, un viaje hacia el hábitat del corazón. Con eso quiero decir que revertir o frenar el colapso de la biodiversidad y el cambio climático no se puede conseguir sólo con ciencia, tecnología y política. Ya tenemos gran parte de la información que necesitamos. El éxito requerirá de un público mucho más amplio del que hay hoy en día, un público con una mayor conexión emocional y espiritual con la familia de los animales y que reconozca en toda la naturaleza la «ineludible red de reciprocidad» que Martin Luther King Jr. reivindicó para todos los seres humanos.

Me gustaría pensar que el zorro sabía bien lo que hacía aquel día. Su mirada me hizo despertar de golpe de mis sueños. Me indicó un camino. O quizás yo iba por su camino y simplemente me advertió que fuera con cuidado.



El oceanógrafo Paul Dayton contando a sus nietos la historia del pulpo.

PARTE PRIMERA

Acciones bellas

*Encuentros transformadores
con especies no humanas*

Mas luego quiero, cuando mucho sepa, contemplar
humilde a los animales, para que un poco de su
gracia pase a mis miembros; deseo tener en sus ojos
breve existencia,

RAINER MARIA RILKE, *Réquiem para una amiga*

CAPÍTULO UNO

En la familia de los animales

En estos momentos, mi esposa Kathy y yo vivimos en una antigua casa de campo hecha de piedra en las montañas de Cuyamaca, unos 100 kilómetros al este de San Diego. Las paredes de la casa, de 75 centímetros de grosor, están compuestas de materiales extraídos en la zona. A finales del siglo XIX, el inmueble era un granero para almacenar manzanas y luego, en los años 1940, pasó a ser una vivienda.

La casa perteneció al difunto Scott O'Dell y a su esposa, Dorsa. O'Dell escribió *Island of the Blue Dolphins* aquí. La novela está basada en hechos reales y cuenta la historia de una chica indígena que vivió durante años sola con su perro en una isla cercana a la costa californiana. El libro se convirtió en un clásico de la literatura juvenil. Tras su divorcio, Scott se mudó y Dorsa siguió viviendo en la casita de campo con sus perros. Hasta su muerte a los noventa y seis años, era conocida en la cercana población de Julian (1 500 habitantes) por sus ideas políticas combativas y su apoyo a artistas locales cuya obra, principalmente dedicada a la vida animal en estas montañas, decora esta casa llena de libros conocida como Stoneapple Farm. Kathy la compara con la casa de campo de Snow White.

Ahora, en las primeras horas del día y al atardecer, una bandada de guajolotes hurga y escarba moviéndose cual sombra oscura entre los robles y los perales. Llegan cuatro ciervos de cola negra. Meten la cabeza en una hierba que ha sobrevivido a una larga sequía. Uno de los ciervos, una hembra, cojea. Dos busardos colirrojos vuelan en círculos. Uno de ellos se hace oír más que el otro: está gritando a su madre, quien lo entrena. Un carpintero bellotero, con su casco rojo intenso, golpea en las partes de la casa hechas de madera. Yo le contesto golpeando con mi puño desde dentro. Él grazna, enunciando lo que

parece una palabra de cuatro letras y se calla.

Cuando nuestros hijos vienen a visitarnos, Jason, el mayor, lo llama «el barrio de los animales».

Le he cogido cariño al gato del granero de la propiedad, quien cada mañana nos trae la cabeza de un topo y, justo a cinco centímetros de la cabeza, las tripas. Ayer al anochecer pisé el último regalito de tripas. Iba descalzo. Este no es el tipo de conexión animal que tengo en mente.

Durante la puesta de sol, salgo a andar unos kilómetros yo solo por los estrechos caminos de estas montañas y las largas extensiones de hierba marrón. Los campos y colinas de robles van oscureciendo. Observo cómo desaparece la línea roja sobre el lejano Pacífico. Los murciélagos revolotean entre las ramas. En el camino ya oscuro, me encuentro con una madre y su hija que arrastran la pata de un ciervo. «Es una larga historia», confiesa la madre.

De vuelta en Stoneapple, me siento fuera con el gato en mi regazo y miro hacia arriba para vislumbrar el trazo de la Vía Láctea. El gato también mira arriba; después, al lado; finalmente, abajo. Al cabo de un rato, Kathy y yo oímos golpes y algo que se desliza sobre las paredes y en el desván. Ardillas, ratas monteras, ratones o mapaches del barrio de los animales.

Por la mañana, llega el encargado de mantenimiento de la propiedad a tapar los agujeros y poner trampas. Mientras recoge las herramientas, me pregunta en qué trabajo. Le hablo de este libro. El chico se echa la gorra hacia atrás y dice: «Yo a veces pienso que los animales son como presagios. Una vez iba conduciendo por Pine Hills Road y un águila real se posó justo delante de mi coche y pensé, “¡Sí! Esto es un presagio de algo bueno”. Dos semanas después, me concedieron la licencia para abrir un videoclub en Julian». El relato de este chico es un apunte curioso. No lo considera especialmente raro, simplemente algo que ocurre en nuestro día a día.

No es gran cosa. Pero sí lo es.

Hay personas que encuentran molesto que les hables de su relación espiritual con los animales.

¿Qué pasa si no han tenido nunca una experiencia espiritual en la naturaleza? Que todo ese cuento puede resultar «extraño por descabellado, hippy y absurdo», comenta Mollie Matteson, una bióloga experta en vida salvaje. Quizás también porque puede dotar de un aire de superioridad al narrador. O puede que sugiera que una experiencia con otro animal tiene que ser más grande que la vida misma: un pájaro en un arbusto en llamas, un encuentro con una deidad a cuatro patas de camino a Yellowstone. Matteson tiene razón.

También confesó haber tenido una experiencia intensa con murciélagos — en realidad, con los huesos de un murciélago—. Esa historia la contaré más adelante. Por ahora sólo avanzaré que les dio un giro a su carrera profesional y a su vida.

Esta tarde, miro a las ardillas terrestres desde la ventana de la cocina. Cavan sus madrigueras bajo grandes losas de granito erosionadas y allanadas por el viento y el agua, pero también por las pisadas de los ciervos, de los antiguos kumeyaay y de los actuales suburbanitas de San Diego. Jóvenes o adultas, las ardillas se escabullen por entre las rocas, se meten en agujeros, aparecen de entre las hojas, hacen su trabajo, hablan su idioma *ardillo* y hacen sus caminatas arduas siempre alerta. Sus crías se rebozan, saltan y se pelean inmersas en lo que parece un ambiente jocoso. Me recuerdan a mis hijos cuando eran pequeños, a cómo Jason y Matthew, ya hechos hombres, aún se hacen la puñeta en las primeras horas de una visita a sus padres.

En ese momento, me doy cuenta de que, en realidad, nunca me había fijado en las ardillas terrestres. Había visto algunas, pero las había puesto en el mismo saco que a las demás ardillas. Pero aquí y ahora, cobran personalidad. Busqué en Google (dónde si no) y aprendí que las ardillas terrestres de California llevan una vida engorrosa. Tratan de protegerse de su némesis, la serpiente de cascabel, no sólo yendo con cuidado y comunicándose entre ellas, sino también mordiendo pieles de serpiente mudadas e impregnando su pelaje con su olor. Luego, lamen los cuerpos de sus crías para empaparlas con esos químicos que puede que les sirvan como mecanismo defensivo. Estas pequeñas y enjutas ardillas terrestres le dan color a mi día. Para mí, son unas criaturas preciosas.

Durante años, el artista y naturalista holandés Jan van Boeckel ha argüido que la ciencia y el movimiento ecologista necesitan arte y corazón; sin un compromiso por la belleza, ambos se ven menguados —al igual que la moral—. Hace poco me escribió Jan para hablarme del trabajo del ecofilósofo noruego Arne Naess. Siguiendo la doctrina de Immanuel Kant, Naess distingue entre una acción bella y una acción moral. Cuando alguien satisface una obligación moral, se suele sentir obligado a ir en contra de sus propias inclinaciones y de lo que haría o le gustaría hacer en una situación determinada. «Una acción bella, en cambio, es una acción en la que uno actúa siguiendo sus inclinaciones. En realidad, también actúa siguiendo lo moral, porque es lo que uno quiere hacer —escribió Van Boeckel—. Podemos aprender a identificarnos con otros humanos, con animales, plantas e incluso con ecosistemas. Eso conlleva un proceso de maduración espiritual y psicológica. Así pues, al identificarnos

con la Tierra, queremos protegerla y, al hacer esto, no estamos actuando en contra de nuestras inclinaciones más profundas». El deseo de actuar de forma bella —y no puramente moral— es algo que se puede desarrollar desde edades muy tempranas. Es, continuó diciendo, «una manera de seguir adelante con el movimiento ecologista». Política aparte, también lo es para todas nuestras relaciones.

Para proteger algo al máximo, tenemos que conocerlo, amarlo y actuar con una reciprocidad consciente —devolviendo a los animales todo lo que ellos nos dan—. Entablar relaciones e interactuar con los animales para luego contar las historias de esos encuentros se pueden considerar acciones bellas. Nuestro futuro con otros animales y entre nosotros, como individuos y como sociedad, está enmarcado por las historias que contamos. Estas acciones pueden ofrecer redención y esperanza si el corazón es generoso. En nuestro día a día y en nuestras políticas organizacionales y cívicas, podemos elegir empatía antes que separación o superioridad.

Podemos sentir un extraño alivio al saber que los pinzones cebra experimentan la fase REM del sueño, que los delfines se reconocen al mirarse en un espejo y que nuestros primeros antepasados pueden haber sido domesticados por lobos.

A través del antropomorfismo crítico, un proceso que veremos en detalle en el capítulo 5, podemos convertirnos en el oso de ese mundo salvaje. Podemos ser conscientes de todas nuestras experiencias con animales, incluso en las ciudades más pobladas, y, así, empezar a imaginar un futuro diferente para los niños de todas las especies. Podemos aprender de la sabiduría de nuestras mascotas y del lenguaje de los pájaros y emocionarnos por el misterio de los animales salvajes que pasan a nuestro alrededor al atardecer; podemos optar por avanzar en pro de la naturaleza mientras combinamos las nuevas tecnologías, el «diseño biofílico» (diseño que incorpora elementos naturales en nuestro entorno construido) y la ciencia contemporánea con formas de conocimiento anteriores a la humanidad. Podemos crear espacios de sanación para otras especies y para la nuestra. Podemos compartir todo esto con los jóvenes y con niños que, de otra manera, nunca oírían el intenso cuasi silencio de las alas de un búho en pleno vuelo.

A través de estas acciones bellas y de las historias que contamos, todos podemos sentir una conexión más profunda con nuestras propias vidas y dar gracias por ello. La poetisa Mary Oliver escribe:

Seas quien seas, no importa cuán solo estés,
el mundo se ofrece a tu imaginación,
te llama como los gansos salvajes, rudos y trepidantes—
una y otra vez anunciando tu lugar.
en la familia de las cosas.

Hace unos días, mi amiga Anne Pearse Hocker nos dijo: «Hace tiempo que quiero preguntaros por qué Kathy y tú no tenéis mascotas».

Hemos tenido mascotas la mayor parte de nuestra vida, pero las dos últimas incursiones al veterinario para Rex, el perro, y Binkley, el gato, fueron demasiado. Además, cuando la madre de Kathy estaba en su lecho de muerte, los cuidados la consumieron tanto que tuvo suficiente por un buen tiempo. No obstante, ahora estamos pensando en tener mascotas otra vez —o animales de compañía, como algunas personas prefieren llamarlas—. Entusiasmada, Anne me volvió a escribir:

Incluso si viajáis mucho, una pareja de gatos acogidos se les arreglaría bien. Los gatos necesitan *empleados* más que una interacción constante. Espero que vuestro gato o vuestro perro (o ambos) os encuentren pronto. Adoptar a un animal rescatado suele salvar dos almas. Yo he reestructurado mi vida para dar la bienvenida a los animalitos que la comparten conmigo.

Aunque es verdad que yo estoy un poco chiflada por los animales. En términos humanos, mueren jóvenes, pero, aun así, sus vidas son enriquecedoras y significativas si les damos esa oportunidad.

Si vais a estar fuera por mucho tiempo, os recomiendo que adoptéis dos animales, para que se tengan el uno al otro. Yo adopté a dos que habían sido abandonados cuando su dueño tuvo que ingresar en un geriátrico. La adopción más sencilla que he hecho nunca fue la del labrador negro de trece años que rescaté de Idaho: Old Bob. Nadie quería a un labrador de trece años. Bob se ha adaptado tan bien que parece que haya estado conmigo toda la vida y, sea cuanto sea lo que le queda de vida, se lo pasa genial persiguiendo pelotas y patrullando el perímetro. Cuando llegó ya era un perro educado, sereno, agradecido y dulce. Tiene los dientes fatal, pero el resto parece que está en perfecto estado. Lo que es

seguro es que no pasará sus últimos meses o años en un centro de acogida preguntándose qué diablos hace allí.

Ya sea de una manera amable, cariñosa o confusa, la gente tiende la mano a los animales, nuestros compañeros de viaje. En todo el mundo, personas con buen corazón son los nuevos Noés: crean nuevos hábitats para animales salvajes o gestionan centros de rescate de animales para perros maltratados y pájaros con las alas rotas. Dado que los animales nos salvan, nosotros descubrimos nuevas maneras de salvarlos a ellos. Por ejemplo, el programa Book Buddies de la Liga de Rescate Animal de Berks County (Pensilvania, EE. UU.) invita a los niños a visitar el refugio y leer para los gatos que esperan adopción. Esto ayuda a los niños a practicar la lectura y ofrece a los gatos cariño y afecto mientras esperan. Simple. Efectivo. Seguro que el alfabetismo y la empatía tienen alguna relación. A medida que incluimos más criaturas de la Tierra en nuestra vida, la definición de familia se enriquece. Me vienen a la mente dos mujeres mayores de nuestro antiguo barrio que han perdido a sus maridos y viven solas. Ambas rescataron a un perro de la perrera y ya no pueden imaginar su vida sin ellos.

Volvamos con mi amiga Anne. Ha vivido una vida de aventuras, conflictos y pérdidas; ha visto el mundo desde innumerables prismas, principalmente a través de los sentidos de otros animales y gente que le han llegado al corazón. En 1974, consiguió abrirse paso en la ocupación de la iglesia del Movimiento Indio Americano en Wounded Knee (Dakota del Sur, EE. UU.) —el lugar donde ocurrió la masacre de 1890, en la que la U.S. Cavalry mató a trescientos lakota— con su cámara. Sus fotos sobre la ocupación se encuentran ahora en el Smithsonian. Más adelante, se convirtió en fotógrafa del noticiario de varias cadenas televisivas nacionales, se casó con un médico rural, se mudó a las montañas de Virginia y se hizo rescatadora de animales salvajes. Así lo recuerda ella:

Pasaba noches en vela alimentando a pequeñas ardillas huérfanas con una botella, haciendo todo lo que podía para ser su segunda madre y preocupándome por ellas cuando eran lo suficientemente mayores como para emprender el viaje de la independencia. Cuidar de animales salvajes heridos me llevó de una vida de periodista televisiva, en la que siempre tenía la maleta lista y mi pasaporte en regla, a una vida de analizar la composición en proteínas de la leche de distintos mamíferos salvajes y de tener

constantemente una gran lista de jaulas que limpiar.

Sabía que había cruzado la raya cuando la CNN me llamó para formar parte de un equipo sólo de mujeres para un viaje, dudé un segundo mirando a los cuatro cachorritos de zorro que me habían traído por ser la única especialista licenciada en recuperación de fauna salvaje de la zona, y le dije a mi interlocutor que tenía otros trabajos. Luego le di el nombre de mi acérrima competidora. No volví a saber nada más de ellos.

Anne continuó cuidando de animales heridos, entre ellos un busardo colirrojo que estaba perdiendo visión, probablemente un ave de cetrería que había sido liberada. «Si hubiese seguido las normas al pie de la letra, me habrían obligado a matarlo —escribió—. En cambio, decidí dejarlo vivir en un corral cubierto en el bosque al lado de mi casa, rodeado de los sonidos de la naturaleza a los que estaba habituado. Aprendió a reconocer mi voz y mi tacto y llegó a comer de mi mano sin ningún tipo de problema». De los cetreros de la zona, Anne aprendió sobre el antiguo arte de cazar con aves rapaces entrenadas. Cuidó del viejo busardo con mucho cariño hasta que murió de viejo. Eso la motivó a sumergirse en el largo entrenamiento que se requiere para ser cetrera, un proceso que, además, está muy regulado.

Anne comprende las objeciones morales que mucha gente tiene sobre la caza, pero no está de acuerdo con todas ellas, sobre todo por cuanto respecta a la cetrería. «Cazar con un ave rapaz para que coma me hizo pasar de ser una mera observadora del hábitat circundante a participar activamente en la vida diaria de los animales», aseguró Anne. Exploró los bosques de la región aledaña con una misión: hacer un inventario mental de quién vivía dónde. Encontrar campos en los que su busardo pudiera cazar conejos o ardillas se convirtió en una tarea muy exigente y, cuando algunos de esos campos fueron arrasados para construir un centro comercial, sintió como si le arrebataran su propia casa: madrigueras de conejos, guaridas de zorros, viejos robles que albergaban nidos de ardillas... «Había visto lo duro que habían trabajado esos animales para mantenerse con vida. Pero cuando las apisonadoras y las motosierras llegaron, se acabó la vida para ellos».

No mucho después, viuda a sus sesenta años, Anne dejó Virginia y se dispuso a recorrer los estados del oeste en una caravana Airstream y acompañada de dos halcones, dos perros adultos, dos gatos rescatados y una paloma muy nerviosa llamada Pauline. Esa es su actual familia.

El idioma más antiguo de la Tierra

Décadas después del episodio de la manada de alces, John Peden, ya como profesor, estaba haciendo senderismo con un compañero sobre una cresta rocosa azotada por el viento y con mucha hierba. Esta vez, iba por el paso Sable Mountain en la salvaje Denali (Alaska, EE. UU.).

Era a principios de primavera en el país de los grizzlis, o sea que iban alerta. Al terminar la ruta, pusieron rumbo hacia una carretera para esperar al bus que los tenía que recoger. Este, parado en un paso con nieve, hacía tarde. Peden y su compañero de ruta se sentaron junto a la carretera y esperaron.

De repente, su compañero señaló carretera abajo, la boca medio abierta. No consiguió articular palabra. Un enorme lobo macho se posaba a no más de seis metros de ellos, mirándolos fijamente.

Tras unos largos instantes, el lobo se giró y empezó a caminar lentamente saliendo de la carretera. Siguió mirándolos de reojo. «Fue como si el lobo nos estuviera diciendo “venid conmigo”». Y eso hicieron. Mientras lo seguían, el lobo paraba de vez en cuando y los miraba. «Cada cinco minutos más o menos. Si nos deteníamos, el lobo lo sabía. Entonces se giraba y nos miraba otra vez». Tras un rato, el lobo desapareció entre los sauces. Los montañeros volvieron a la carretera.

Y allí estaba otra vez, plantado al borde de la carretera. Los miraba, se giraba y los volvía a mirar. Peden y su amigo se olvidaron del bus y lo volvieron a seguir. «Oímos el aullido de otro lobo. Estaba encima de un cerro y lo podíamos ver, una hembra con dos cachorros», me contó Peden. Aparecieron dos lobos adultos más. En repetidas ocasiones, el primer macho volvía unos metros atrás y los miraba fijamente, como llamando su atención para que continuaran siguiéndolo. Y eso hicieron.

Tres horas después, los hombres volvieron a la carretera. Ahora eran cinco lobos, incluido el gran macho, que los rodeaban, siempre mirando. Cuando un guardabosques que pasaba detuvo su vehículo, los lobos se inquietaron, pero no se fueron. Viendo el comportamiento de estos, el guardabosques llamó a un biólogo del estado, quien les aconsejó buscar una presa en las zonas aledañas. «Eso hicimos. Y la encontramos, un alce muerto. Pensamos que el lobo estaba intentando alejarnos de la presa».

El guardabosques cerró la zona para senderistas y no la abrió hasta que los lobos hubieron terminado con su festín. Le pregunté a Peden qué pensaba sobre esta experiencia que había durado cuatro horas.

«Estoy seguro de que nos intentaban alejar de su comida —comentó—. No sentí miedo. Tampoco el lobo, hasta donde yo sé». ¿Qué vio en los ojos del lobo? «Vi determinación. A lo mejor intención es una palabra más adecuada. Sabía perfectamente lo que hacía».

Para Peden, este encuentro fue como una conversación.

A menudo lleva a sus alumnos a hacer rutas de aventura y aprendizaje por las Grandes Montañas Humeantes, los Bancos Externos, los Everglades y el Gulf Islands National Seashore, durante las cuales experimentan sus propios encuentros con animales para luego contar sus historias. ¿Qué les cuenta a sus alumnos sobre el significado de la historia del lobo?

«Lo dejo a su criterio».

Llamar y responder

Puede que el intercambio entre Peden y el lobo no fuera una conversación verbal, pero lo que está claro es que era comunicación o, al menos, manipulación. Cuando el lobo señalaba con su cabeza y su cuerpo, Peden lo seguía. No obstante, si Peden hubiese señalado con su cabeza y su cuerpo, el lobo habría pasado olímpicamente. Un perro puede entender lo que queremos decir cuando señalamos. Un lobo no. Esa habilidad coevolucionó en la relación humano-perro. Sin embargo, Peden, por lo general retraído, entendió la intención del perro lobo y este entendió lo mismo en Peden.

«Presuponemos que el resto de animales no hablan ningún idioma. Por eso ni nos detenemos a buscarlo», según Con Slobodchikoff, profesor emérito de la Universidad Northern Arizona. Como experto en comportamiento animal, es buen conocedor de la comunicación —él lo llama idioma— de los

perrillos de las praderas.

Sea cual sea la denominación —comunicación, manipulación, idioma—, estamos rodeados de murmullos, incluso cuando no escuchamos. Sobre todo en estos casos. Los lobos aúllan para contactar y reconectar con compañeros de la manada a grandes distancias. Las abejas se comunican usando una señal diferente, los olores. Los lagartos también usan señales químicas para elegir a sus compañeros y comunicarse con otros lagartos del mismo grupo social.

Investigadores de la Universidad de Tel Aviv usaron un algoritmo modificado diseñado con el objetivo de grabar la voz humana para analizar los reclamos de quince mil rosetos egipcios (también conocidos como murciélagos frugívoros egipcios), uniendo sus voces con vídeos de rosetos para comprender con qué comportamiento se asociaban los sonidos. La lengua de un roseto egipcio es tan larga que cuando no se está alimentando permanece enrollada en su caja torácica. Aun así, nunca se les enreda la lengua. Estos mamíferos viven en colonias de más de mil individuos y van revoloteando de arriba abajo en sus cuevas mientras hablan. Las disputas surgen por cuatro razones, cada razón con sus propios sonidos. Hablan de comida, de sus espacios para dormir, de aposentarse demasiado cerca y los machos usan un reclamo para protestar por las insinuaciones sexuales no deseadas. Además, emiten versiones de reclamo ligeramente modificadas para los individuos con los que se están comunicando.

Los animales se reconocen y estudian entre sí y a nosotros los humanos de formas maravillosas. Las hormigas desprenden entre diez y veinte feromonas para emitir unos mensajes complejos. «Es casi como si formaran frases», según E. O. Wilson. Científicos rusos afirman que, usando micrófonos sumergibles, han detectado que los delfines crean *palabras* cambiando el volumen y la frecuencia de los estímulos emitidos y que un delfín escucha la *frase* entera antes de interrumpir y entonces responde con su propia secuencia de palabras. Las frases incluyen hasta cinco palabras, aunque los científicos aún no saben qué significado tienen.

Si pudiésemos incrementar la intensidad de audio de esta gran red, infinitamente más poderosa que el internet creado por los humanos, se convertiría en un rugido que sobrepasaría todos nuestros sentidos, incluso algunos que no sabemos que tenemos.

Los elefantes generan actividad sísmica con sus pies y trompas para comunicarse entre ellos. El diminuto coquí puede producir un sonido casi

tan fuerte como el de un taladro. Los caimanes macho intentan atraer a las hembras emitiendo sonidos de baja frecuencia que, como constatan en BBC, «hacen que las gotas de su espalda *bailen* en la superficie». Prueba eso en tu próxima cita. Y atención a esto: *Newsweek* informa de que unos científicos han grabado el «sonido estridente de 1,5 millones de peces apareándose en México. Los reclamos de apareamiento estruendosos de las corvinas del Golfo pueden ensordecer a delfines y leones marinos. Cuando cantan a coro, el sonido es lo suficientemente fuerte como para oírlo desde los barcos pesqueros» y, a veces, lo suficientemente fuerte como para despertar a los pescadores del sueño profundo. Y esto los transporta de un sueño a otro.

Muchos animales se comunican sólo con miembros de su propia especie. Otros, como el lobo de John Peden, prefieren hablar con miembros de su propia estirpe, pero, si lo necesitan o incluso por curiosidad, cruzarán la frontera e intentarán comunicarse con otras especies. El *Homo sapiens* es ese tipo de animal. O puede serlo.

A causa de nuestra coevolución, los humanos y los perros somos especialmente comunicativos. En un experimento, John Pilley, un profesor de Psicología jubilado de Wofford College, enseñó a Chaser, un border collie, a entender más de mil palabras, muchas de las cuales podía asociar con objetos concretos (para ser exactos, ochocientos juguetes para animales, ciento dieciséis pelotas y veintiséis platos voladores), e incluso un poco de gramática básica*. Así pues, los mecanismos neuronales necesarios para que los perros analicen e integren las expresiones y entonaciones de las palabras de los humanos han evolucionado incluso en ausencia de una lengua oral común. Es probable que los gatos tengan un vocabulario más rico que los perros. Resulta que el ronroneo es más complejo de lo que muchos de nosotros creemos: los gatos no sólo ronronean cuando están a gusto, sino también cuando están sufriendo. El ronroneo es para los gatos una manera de decir «no te vayas, te necesito». Al reproducir sonidos diversos, los gatos nos enseñan a saber lo que dicen. De hecho, es posible que desarrollen «un código secreto de maullidos», como escribe John Bradshaw, antrozoólogo de la Universidad de Bristol, un código «entre cada gato y su dueño, único para ese gato y que poco significa para gatos extranjeros». En los próximos años, unos expertos en fonética de la Universidad de Lund (Suecia) esperan descifrar aún más el idioma felino. Se harán una pregunta: ¿los gatos prefieren que los humanos

*Creó su página web, Dognition, para gente que quiere poner a prueba la inteligencia de su perro: www.dognition.com/chaser-dog.

les hablen en un lenguaje para mascotas o como hablan con el resto de adultos humanos? Los investigadores también están estudiando el uso felino de la melodía para comunicarse.

Hay otros animales domésticos o semidomésticos que también se comunican con diferentes especies. Parece ser que las cabras pueden distinguir nuestras expresiones faciales y muestran una preferencia por las caras humanas sonrientes. Los animales salvajes también se comunican más allá de los límites de su especie. En 2017 unos científicos rusos descubrieron que una beluga que vivía en cautividad junto con delfines del género *Tursiops* aprendió los silbidos y chasquidos de estos y dejó de utilizar algunas de sus propias vocalizaciones. Con el paso del tiempo, los delfines dejaron de expresar miedo hacia la beluga y esta llegó a nadar junto con una cría de delfín. Los investigadores no aseguran que la beluga aprendiera el idioma de los delfines, pero sí hizo un buen uso de los sonidos de los delfines.

Sam Ridgeway, veterinario de mamíferos marinos y cofundador del Programa de Mamíferos Marinos de la Marina de los Estados Unidos en San Diego, ha estado entrenando mamíferos marinos desde la década de los 60 para que localicen y recojan torpedos sumergidos en el Ártico. En un artículo de 2012 publicado en *Current Biology*, Ridgeway informa del progreso en el estudio de las vocalizaciones de las belugas, a menudo llamadas *los canarios del mar*. En el Vancouver Aquarium, una beluga de quince años fue capaz de decir su propio nombre: Lagosi. «Había otros enunciados que no comprendíamos —escribe Ridgeway—, y los describimos como “voces humanas incomprensibles”, idioma ruso o parecido al chino». Además, señala que los «sonidos grabados de una beluga y los posteriores análisis [...] demostraban una imitación espontánea de la voz humana, supuestamente como resultado de un aprendizaje vocal por parte de una beluga». Su nombre era NOC. Según *Smithsonian.com*, en cuestión de días, «la voz de NOC ya sonaba en ordenadores de todo el mundo». Si lo oímos hoy, el sonido es desconcertante, curiosamente conmovedor, como un niño pequeño que aún no domina el idioma, pero que tiene algo que decir y lo intenta sin cesar. No sabemos si NOC está simplemente imitando o realmente está queriendo decir algo. Aun así, el oceanógrafo Paul Dayton, basándose en sus experiencias, está convencido de que los mamíferos marinos se están comunicando con nosotros en formas que aún no entendemos.

Con Slobodchikoff tiene la esperanza de acceder al idioma de los perrillos de las praderas y hacerlo accesible para los humanos mediante el uso de

la tecnología. En una entrevista de 2013 en el *Atlantic*, cuenta que la comunicación de estos animales es «el idioma animal más sofisticado que se ha conseguido descifrar». Tras haber estudiado a los perrillos de las praderas durante mucho tiempo y haber hecho análisis de la frecuencia del sonido, ha descubierto que estos roedores se llaman entre sí concatenando grupos de sonidos, algo parecido a unas frases. Y hacen un buen uso de esta habilidad. Por ejemplo, pueden avisarse entre ellos de que hay depredadores, con información detallada que incluye la clase, el color y el tamaño. Pueden decirles a otros perrillos si están viendo a un perro o a un coyote. Por ende, distinguen entre ambos. «Personalmente pienso que pronto se demostrará que las ballenas, los delfines y los monos poseen unos lenguajes muy sofisticados —afirmó—. Creo que sólo estamos sondeando la mera superficie de la materia y por eso descubriremos que su idioma es mucho más sofisticado de lo que pensamos hoy en día».

Slobodchikoff está trabajando con un informático para utilizar la inteligencia artificial (IA) con el fin de crear una ficha de todos los reclamos de los perrillos de las praderas, analizarlos y traducirlos oralmente, posiblemente en inglés. «Así, los perrillos podrán decir algo como “coyote marrón y delgado se acerca rápidamente”, y nosotros le podremos decir al ordenador algo para que se lo transmita a ellos». Es decir, traducirá los comentarios humanos al idioma de los perrillos de las praderas y se lo reproducirá. «Ahora mismo tenemos la tecnología necesaria para desarrollar aparatos del tamaño de un teléfono móvil que nos permitan hablar con nuestros perros y gatos —prosiguió—. Pero creo que podemos llegar al punto en que nos comuniquemos (en ambas direcciones) en idiomas animales básicos con perros, gatos y quizás animales de granja —y, quién sabe, quizás también con leones y tigres—. Slobodchikoff se imagina un futuro de realidad aumentada en el que los humanos y otros animales renegocian sus relaciones.

En realidad, tengo la esperanza de que al final del camino formemos alianzas con animales, en vez de explotaciones. La mayoría de la gente o bien explota animales, o bien les tiene miedo, o bien no se relaciona con ellos porque piensa que los animales no tienen nada que ofrecer a sus vidas. Pero cuando la gente se ponga a hablar con los animales, creo que se dará cuenta de que son seres vivos, que respiran y piensan y que tienen mucho que aportar a nuestras vidas.

La comunicación intraespecies o extraespecies no está limitada al mundo animal. Las bacterias unicelulares pueden *hablar* usando la percepción de cuórum, el traspaso de moléculas que funcionan como autoinductores de una célula a otra. Esto es similar a la manera en que nuestros cerebros usan impulsos eléctricos para comunicarse con otras partes del cerebro y del cuerpo.

En la edición de 1999 de *The Whole Earth Catalog*, Paul Stamets, un micólogo honorable con base en Washington State, anunció el «internet natural de la Tierra» creado por el micelio de los hongos. Una colonia de micelios de Oregón ocupaba una superficie de 10 km² antes de que las pistas forestales la cortaran, informa Stamets. Se estima que tiene 2 200 años de vida. En simbiosis con los árboles y las plantas, los hongos micorrícicos proveen nutrientes minerales a cambio de carbono. Investigadores del Reino Unido explican que los micelios micorrícicos pueden servir como «canal para enviar señales entre plantas que actúa como un sistema de aviso para los ataques de herbívoros». Y los pinos hablan. Suzanne Simard, profesora de Ecología Forestal de la Universidad de British Columbia, ha estudiado los bosques canadienses durante tres décadas y ha concluido que los pinos de Oregón (también conocidos como abetos de Douglas) «reconocen a sus familiares». Los llamados árboles madre envían el exceso de carbono a través de las redes vivientes de hongos para sus retoños y reducen su propio sistema radical para crear más espacio para estos, afirma Simard, quien considera estos árboles simbióticos y sus retoños como *familias*.

Para completar el proceso, las plantas y los árboles (y quizás las bacterias) se comunican con los animales. Puede que las plantas estén enraizadas en un lugar en concreto, pero necesitan *move* para esparcir sus semillas y para polinizar. Para esto utilizan a los animales como unidades en movimiento. Hay plantas que desprenden unos cócteles químicos al aire para mandar señales a especies de animales específicas que cooperan con ellas. Las plantas llaman y los animales responden.

Tomando algo en la cantina de Tatooine

¿Te acuerdas de la escena de *Star Wars* que transcurre en un bar del planeta Tatooine? Personajes de lo más variopinto y de diferentes galaxias se reúnen para hablar y montar el caos. En la cantina, los diferentes idiomas y

formas de comunicación se funden en una embriaguez interespecies. El resultado no es agradable. Tampoco aburrido. Piensa en ello como si fuese una comunicación entre especies en un cruce interestelar. Los bebedores no necesitan traductores. Parecen comunicarse entre especies en un superidioma preexistente de patrones visuales, sonoros y otros patrones. Normalmente, más allá de las palabras. Algo así parece que nos está pasando aquí también, en nuestro planeta azul.

Utilizo la palabra superidioma para referirme a una forma de comunicación no verbal que permite a diferentes especies (incluidos los humanos) entenderse entre ellos a un nivel básico. Normalmente, esta palabra se asocia con la lengua oral que compartieron los europeos de la Edad del Hielo (hace 15 000 años), una lengua que permitió a grupos de personas comunicarse más allá de las brechas culturales y lingüísticas*. Algunas palabras aún se usan hoy en día en inglés. Entre ellas: you, we y man.

Aquí va una conjetura: los humanos y otros animales usan formas, gestos, sonidos, pitidos y soplos —patrones identificables— que son anteriores a casi todas las especies que existen en la actualidad. Nosotros y los seres con los que compartimos planeta los usamos todo el tiempo sin ser conscientes. Algunos los usan más que otros. A lo mejor, si fuésemos más conscientes, podríamos analizar sus diferentes modulaciones, pasarlas por ordenador para traducirlas e incluso enseñarlas.

Patricia H. Hasbach, ecopsicóloga en la empresa privada y miembro de la Graduate School of Counseling and Education de la Universidad Lewis & Clark, ha estado trabajando varios años en un catálogo de estos patrones, a los que llama *lenguaje natural*. En una conferencia en 2017 sobre la conexión de los niños con la naturaleza, habló de su concepto como un trabajo en progreso. Es coautora de dos libros de ecopsicología y pionera en la práctica de la ecoterapia, un método de tratamiento que reconoce los beneficios curativos de la interacción con la naturaleza.

Unos años atrás, Hasbach y su coautor, Peter H. Kahn Jr., se vieron inspirados por el concepto de lenguaje de patrones, un término acuñado por el arquitecto Christopher Alexander para describir un diseño determinado para edificios y ciudades. Su trabajo se adentra en la sabiduría inherente de los patrones interconectados que se repiten en la naturaleza. Alexander ase-

*Otro superidioma, el esperanto, fue creado en el siglo XIX y promovido por la Liga de Naciones y, durante un tiempo, por la ONU. Se diseñó para ser una lengua común de la especie humana, fácil de aprender y de hablar. Atrás quedaron esos verbos irregulares engorrosos, las complejas conjugaciones y las palabras redundantes. El esperanto nunca llegó a cuajar.

gura que esos patrones expresan una vivacidad a la que hace referencia como «la cualidad que no tiene nombre», que produce una sensación de plenitud y espíritu. Aplicando la arquitectura de lenguaje de patrones, Alexander emplea términos lingüísticos para describir los elementos básicos, entre ellos sintaxis (lugar) y gramática (patrones ya establecidos en la naturaleza). Para él, la naturaleza es un lenguaje. Hasbach retoma las raíces lingüísticas del lenguaje de patrones de Alexander y sugiere la existencia de patrones de interacción reconocibles que ocurren en la naturaleza una y otra vez. Actualmente, Hasbach está en proceso de identificar muchas de estas interacciones compartidas en la «continuidad de lo salvaje» y de aplicarlas a su trabajo terapéutico.

He aquí una lista parcial y básica de patrones de comunicación que comparten los humanos y muchos otros animales. La lista está fundamentada en parte en el trabajo de Hasbach, pero también incluye patrones detectados por otros y en algunas de las historias de encuentros con animales y relaciones recogidas en este libro:

- «Reconocer y ser reconocido» (frase de Hasbach para el hecho de tomar tiempo para observar e interactuar, ver y ser visto).
- Mostrar curiosidad mutua, incluidas demostraciones de tolerancia o indiferencia.
- Interactuar jugando con otro animal o animales.
- Mostrar empatía.
- «Cruzar el umbral» (expresión de Hasbach para inmiscuirse en el espacio psicológico o espiritual que existe entre dos animales).
- Convertirse en el animal (por ejemplo, para humanos, la práctica del antropomorfismo crítico).
- Utilizar la entonación (cantar tonos o monotonos).

El canto de lo salvaje

No todos los académicos consideran los cantos de los animales como música o análogos a esta. No obstante, la interpretación de los sonidos de

los animales como música —muy arraigada en el pensamiento indígena y en mitos antiguos— ha llevado a descubrir un nuevo campo interdisciplinar llamado zoomusicología. La revista *Current Biology* define este campo como un estudio de «los aspectos musicales de la comunicación sonora entre animales no humanos». Por ejemplo, los investigadores han descubierto que los elefantes pueden estar tan predispuestos a la música como los humanos; cuando los neurocientíficos estudiaron la música que tocaba la Thai Elephant Orchestra (creada por un conservacionista), descubrieron que los paquidermos llevan mejor el ritmo en los tambores que los humanos.

Mucho antes de que se volvieran virales en Internet los vídeos de perros cantando, el singular perro cantor de Nueva Guinea ya parloteaba en la naturaleza. En un grupo familiar de esta estirpe, un perro empieza, luego se unen otros, cada uno a una intensidad de sonido, pero todos a coro y sincronizados. Los sonogramas revelan una inquietante similitud con el canto del rorcuál jorobado.

Además, unos estudios recientes sugieren lo siguiente: los cerebros de los pájaros y los humanos muestran algunas similitudes a la hora de escuchar música, los peces reaccionan de forma distinta respecto a diferentes compositores humanos y las vacas producen más leche y los perros se estresan menos cuando escuchan música clásica tranquilizadora.

Por otra parte, a los gatos no les gustan o no les importan nuestras melodías. Los gatos de mediana edad son los más indiferentes —le dicen «meh» a la música—, aunque hace poco descubrí un equipo de psicólogos y compositores que ha compuesto música que sí agrada a los gatos. ¿Cómo? Usando frecuencias y tempos parecidos a los que usan los gatos cuando se comunican con otros gatos o con nosotros (aun así, siguen siendo unos inconformistas y opositores). Una vez encontré una gatita abandonada y enferma que se acurrucaba ante una tormenta de arena. Estaba remetida detrás de un tablón frente a una cafetería en Chinle (Nación Navajo, Arizona, EE. UU.). La llevé a casa, la llamé Chinle y la críe. No aguantaba el equilibrio y caía de cualquier saliente de las ventanas. Cuando alcanzó la mediana edad, no le molestaba cuando le cantaba. De hecho, siempre que le cantaba *Starry, starry night*, de Don McLean sobre Vincent van Gogh —y sólo esa canción—, se sentaba en mi regazo y cantaba conmigo. Más o menos en sintonía. A mitad canción empezaba a maullar y terminaba con lo que parecía más bien un orgasmo. Era excepcional.

Bernie Krause, un bioacústico, es uno de los líderes de otro campo nue-

vo: la ecología del paisaje sonoro. Krause graba todos los sonidos de plantas y de los ambientes en los que habita, escucha patrones y analiza la comunicación de plantas y animales. Cuando da charlas en colegios, Krause recuerda al alumnado que en los lugares por donde van en bici, puede que haya habido antaño sonidos de bisontes, ciervos, alces, zorros, lobos, linceos rojos, pumas, decenas de tipos de pájaros y miles de insectos, todos cantando juntos en una especie de coro colectivo que él llama biofonía. Krause cree que las biofonías localizadas permitieron germinar y moldear el desarrollo de la música de los humanos, desde las canciones de las gentes indígenas hasta Mozart, Madonna y Drake e influyeron en la creación y evolución de nuestros instrumentos, desde la flauta de hueso de oso de los homínidos de hace 53 000 años, hasta la flauta de hueso de buitre hace 4000 años, pasando por la guitarra Les Paul carmesí de George Harrison. Asimismo, Krause cuenta al alumnado que la gente que vive en las zonas más salvajes del mundo crea sus instrumentos a partir de los recursos naturales disponibles (flautas de bambú o tambores de piel de animal) y que los ritmos, melodías y armonías que crean estos instrumentos se basan en sonidos provenientes de la naturaleza que los rodea. Algunos indígenas, cuando están tocando su música, usan el bosque «como una especie de banda de acompañamiento», me dijo. En la isla indonesia de Borneo, «los gibones interpretan unos duetos preciosos que retumban por la selva tropical al alba. A kilómetros de sus hogares aún se pueden oír los cánticos de estos simios que habitan en los árboles. Cuando escuchas la música que componen los habitantes de la selva tropical de Borneo, se pueden sentir las influencias de estos duetos». Y continúa:

La música de la gente que habita las selvas tropicales suramericanas contiene sin duda influencias de pájaros como los musicales chochines. Estas aves cantan una tonada melódica y constante que es sorprendentemente bella... Es una melodía que suena como una flauta tocando blues. A lo largo del tiempo, estas aves tan melómanas han aprendido a cantar estas notas de tal forma que expresaban ideas a las otras criaturas que vivían cerca. El macho marcaba territorio avisando a otros machos de que el árbol desde el que cantaba era suyo y de nadie más. Pero esta misma canción, si se cantaba lo suficientemente bien, podía atraer a una hembra para que fuera su pareja. Seguía cantando para decir al resto de aves que este era su territorio vocal y que se tenían que

buscar otras maneras de cantar y quitarse de su camino. Además, también decía: “si eres una hembra melódica de mi especie, puedes cruzar la línea y veremos qué pasa”. Al mismo tiempo, la voz del macho cantarín forma parte del coro de criaturas, en el que su canción se funde con el resto —pero tiene que hacer esto de manera que nadie cante más fuerte que él y haga que no se le oiga—.

Los humanos y otros animales comparten cierta variedad de expresiones vocales, pero el Bach de un animal puede ser un chirrido para otro animal. Cuando los pajareros encienden sus aplicaciones de cantos de pájaros en el campo, estos reclamos pueden entorpecer la comunicación de los pájaros de la zona y estresar a las especies cuyo canto se reproduce. Las aves cantoras han tenido que adaptar sus cantos a los nuevos y ruidosos vecinos (nosotros). Algunos pájaros, entre ellos el zorzal robín, el gorrión y el chochín son capaces de modular sus voces para ser oídos, aunque haya mucho ruido de humanos. Krause enseña a los jóvenes a escuchar estos reajustes. «Aprender sobre el mundo natural sin el paisaje sonoro es casi como intentar ver *Star Wars* sin la banda sonora», afirmó.

El idioma más antiguo —todos esos patrones y señales que compartimos con otros animales— sigue vivo. Cuando respondemos nosotros mismos a la llamada de un coyote o un búho estamos cantando esa canción tan antigua. La mayoría del tiempo permanece oculto para nosotros entre las palabras, tras las notas, en el aire que rodea los gestos.

En 2018 la Royal Society, una academia científica independiente del Reino Unido, publicó los resultados de un estudio de la Universidad de Neuchâtel, que daba evidencia de lo que podría ser una especie de base lingüística común entre especies. En una entrevista de la Royal Society, Raphaela Heeson, la líder del estudio, explicaba que «los idiomas humanos se caracterizan por unos patrones estadísticos comunes que se conocen como leyes lingüísticas». Una de ellas es la ley generalizada de la abreviación, que pregona que cuanto más corta es una palabra, más va a utilizarse y que en las palabras con más sílabas, esas sílabas suelen acortarse. «El trabajo en la comunicación vocal de los animales indica que los humanos no son la única especie cuyo sistema comunicativo se sustenta en estas leyes —explicó Heeson—. En nuestro estudio, demostramos por primera vez que estas leyes también se encuentran en la comunicación gestual de los animales». Los investigadores han identificado cincuenta y ocho tipos diferentes de gestos que emplean los

chimpancés en actos sociales. Cuando analizaron los vídeos de los gestos, descubrieron que la ley generalizada de la abreviación también aplicaba a los gestos de los chimpancés. Según Heeson, el estudio revelaba que el idioma de los chimpancés, basado principalmente en gestos, y el lenguaje humano, que depende principalmente de la vocalización, comparten «algunas propiedades matemáticas fundamentales y que las leyes lingüísticas se pueden aplicar más allá de la modalidad vocal de la comunicación».

La conservación, la ingeniería, la medicina, el arte y nuestras vidas personales se pueden ver enriquecidas mediante un conocimiento más amplio del idioma más antiguo. No obstante, conseguir este conocimiento será más fácil de decir (o gesticular) que de hacer. Como dijo A. A. Milne, más conocido por ser el autor de *Winnie the Pooh*: «Hay quien habla a los animales. Pero no muchos los escuchan. Ese es el problema».

